

vargas

CUENTO N° 5

TÍTULO: CELIA

SEUDÓNIMO: VARGAS

AUTOR: JORGE ALBERTO TRIPODI FALCO

Celia

Pedro la mira de reojo y ve su cabello rubio; fue lo mismo que le llamó la atención aquella vez. Ese cabello rubio y lacio, largo hasta los hombros.

Al principio la suya era solo una mancha clara entre las cabezas de las otras chicas, apoyadas contra la pared del patio en la semioscuridad que daban las ampolletas colgando en largas guirnaldas.

Luego esa vez, cuando la invitó a bailar, sintió el sabor de su cabello que en el movimiento del baile rozaba sus labios.

Despacito, sin que nadie lo viera estiró la lengua y lo tocó. Ahora sabía que el cabello de Celia tenía un gusto particular, como después comprobaría que tenía su piel entera.

Ahora el cabello de Celia está mojado de transpiración y tiene la piel caliente.

La misma piel caliente que tenía esa noche después de hacer el amor. La noche que se casaron, cuando Celia gemía y Pedro le tapaba la boca para que su madre no escuchara. Porque tenía miedo que viniera y le dijese que ya estaba bien, que no se podía hacer tanto ruido; que la noche que su hermano se casó con Roberta no hubo tanto alboroto y quien se creía él que era para hacerlo ahora.

Entonces Celia para no gritar de placer lo mordía en el hombro, y lo hizo siempre, hasta ahora.

Con esos labios que ahora están hinchados, le pidió una noche a Pedro que se fueran, que con la plata de su sueldo que le estaba dando a la madre los dos podían irse a otra parte, que había hablado con la prima que vivía en el pueblo, que necesitaban un peón en otro establecimiento. Por la misma plata, pero solos. Sin la madre, que lo único que hacía era sacarles plata y obligarla a trabajar a ella en todas las cosas pesadas de la casa porque Roberta había tenido un hijo y tenía que cuidarlo.

Pedro sabía lo que iba a pasar, antes de decírselo a su madre, sabía lo que ella le iba a contestar.

Por eso prefirió hablar a solas. Un día cuando todos habían salido, se sentó a su lado y mientras tomaban mate le contó la idea de Celia.

Él no quería irse, pero Celia sí, él se sentía cómodo, pero no sabía como explicarle a Celia. Por eso se puso contento cuando la madre le dijo que no se preocupara, que ella se iba a encargar de hablar con Celia, que estaba loca si se creía que iba a poder hacer lo que quería. ¿Que se creía ella que era? ¿una reina?

Que mejor que andar pensando en pavadas, tenían que tener un hijo, como la Roberta que ya había encargado el segundo, y que seguro también iba a ser machito porque el hermano no era ningún pollerudo como él.

Cuando Celia volvió la vieja la encerró en la pieza. Pedro salió a caminar, fue hasta el río, fumó tres cigarrillos.

Después, lento, volvió al rancho. Su madre estaba preparando la cena, Celia no estaba.

Pedro no preguntó nada, lo que fuera que su madre había decidido estaba bien. Al rato apareció Celia, con unas ramitas para el fuego, tenía el pelo suelto y desordenado, los ojos húmedos, la cara marcada.

Ahora los ojos de Celia, celestes, miran hacia el frente fijos, impenetrables.

Pedro no volvió a tener una charla con su madre hasta casi un año después, cuando ya había nacido el segundo hijo de Roberta.

En la cocina estaban la madre y el hermano. La vieja dijo que ya era hora, que habían esperado dos años y medio, que la Celia debía tener un hijo.

Pedro quiso decir que no necesitaba tener hijos, que él a la Celia la quería lo mismo, pero no pudo. Solo les dijo que Celia era delicada, que parecía que no podía tener por ahora; que la vez que ella había ido al pueblo a ver al médico este le había dicho que tuviera paciencia.

La vieja le dijo que ya habían tenido paciencia y que ahora tenían que hacer algo, que se lo estaban diciendo para que lo supiera.

Celia tropieza y se le escapa de las manos, cae de rodillas al suelo. Pedro la toma de los hombros con suavidad, la cara de ella se apoya en su pecho, jadea, siente su aliento en la piel a través de la camisa.

La levanta y comienzan a trotar nuevamente hacia el ceibo chico y dar la vuelta de nuevo. Ve la cara de su madre y luego la de su hermano. Serios, como

aquel día después de la charla, cuando se fueron los dos al bosque con la olla de aluminio y la bolsa de arpillera.

Las piernas de Celia se enredan, la mano de ella le aprieta el hombro, Pedro la alza, las piernas se apoyan otra vez en el piso y ahora corren hasta el ceibo grande.

¿Cuanto hacen que corren? La mira, hace una hora que llegaron al río los cuatro, Roberta y los chicos se quedaron en la casa. Hace una hora que su madre mandó a Celia al río con la damajuana de vino para enfriar en la corriente y con la olla y la bolsa de arpillera para que limpiara los tomates. Hace una hora que él mato a la víbora que estaba dentro de la bolsa de arpillera y que picó a Celia en el brazo. Una hora desde que la madre y su hermano se acercaron en silencio. No dijeron nada mientras Celia gritaba que por favor la ayuden y lo abrazaba, pidiéndole que no la dejara sola. Hace una hora que Celia intentó correr, escaparse y que su hermano la derribó de un golpe. Una hora en que se turnan los tres. Cada uno la toma de la cintura y la hacen correr para que el veneno de la serpiente se acelere en la sangre. Hace una hora que Celia no habla.

--Ya está—

Su hermano se ha parado enfrente de los dos, que ahora son uno, porque Celia está parada solo porque él la sostiene de la cintura.

La madre trae la pala del sulky y hacen un pozo mientras él espera junto a los caballos, hasta que el hermano vuelve con la pala al hombro y sin Celia.

Pedro conduce hasta el pueblo donde la madre se baja en la comisaría y él compra una botella de ginebra. Casi no tiene que decir nada, solamente contarle al comisario como fue el accidente de su mujer.

Y no volvió a tomar nada y no habló más con nadie. Y nunca pero nunca lloró por lo que había pasado.

Hasta unos meses después, cuando Roberta llegó con la Policía al rancho y Pedro tuvo que contar la verdad.